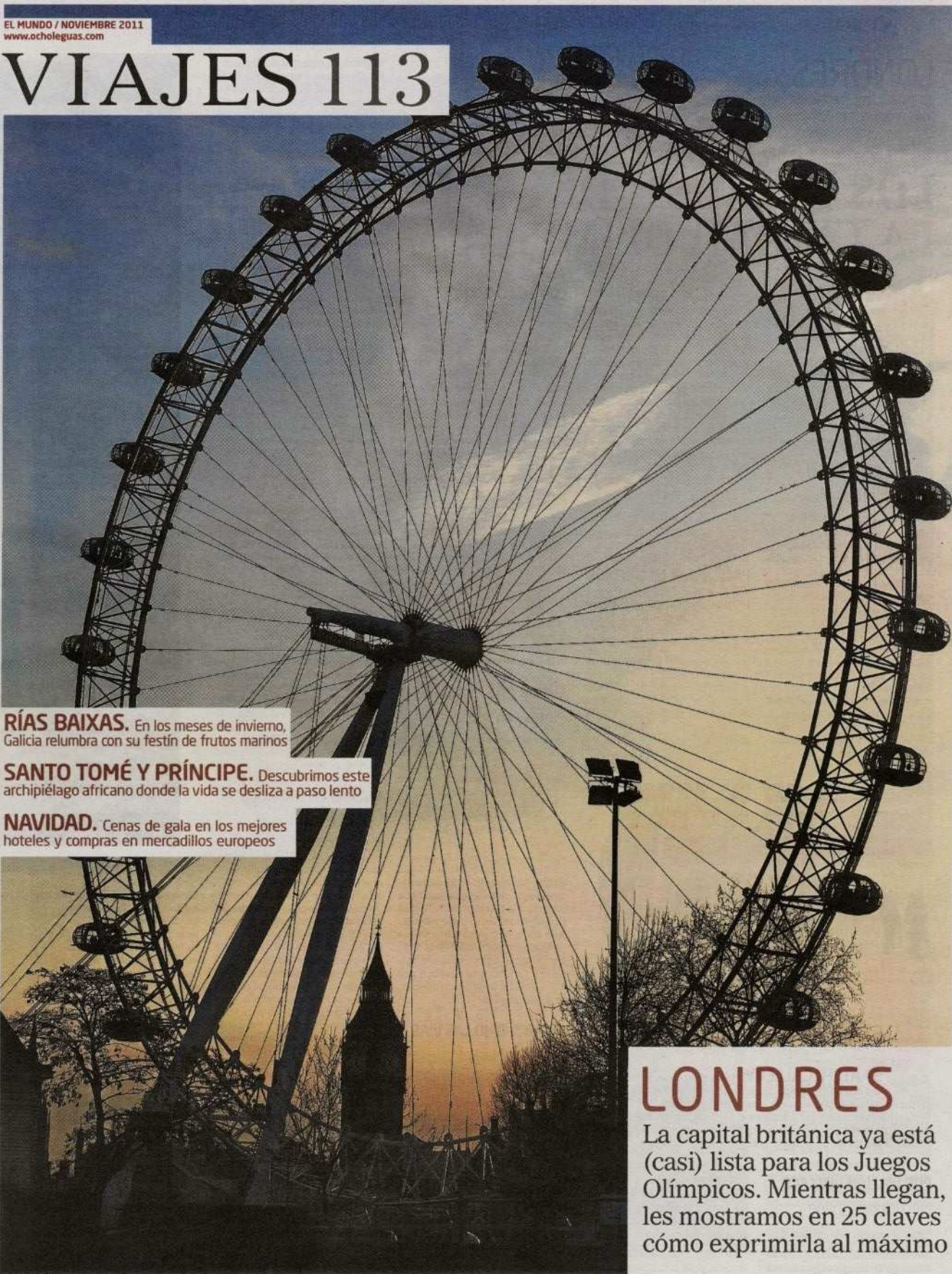


VIAJES 113



RÍAS BAIXAS. En los meses de invierno, Galicia relumbra con su festín de frutos marinos

SANTO TOMÉ Y PRÍNCIPE. Descubrimos este archipiélago africano donde la vida se desliza a paso lento

NAVIDAD. Cenas de gala en los mejores hoteles y compras en mercadillos europeos

LONDRES

La capital británica ya está (casi) lista para los Juegos Olímpicos. Mientras llegan, les mostramos en 25 claves cómo exprimirla al máximo



SANTO TOMÉ Y PRÍNCIPE Emplazado en el mismo centro del mundo, este diminuto archipiélago africano ignorado por el turismo de masas esconde idílicas playas salvajes, retazos de un pasado colonial y una naturaleza superlativa a salvo de los estragos del hombre

LAS ISLAS DE LA VIDA A PASO LENTO

NOELIA FERREIRO

Leve, leve. Así transcurre la vida en Santo Tomé y Príncipe. Sin prisas, sin sofocos, en un eterno sosiego. *Leve, leve* salen al alba los pescadores en sus canoas artesanales para volver con un puñado de peces capturados con sus propias manos. *Leve, leve* caminan las mujeres a la orilla de los senderos de tierra, con los cestos rebosantes de fruta sobre sus cabezas. *Leve, leve* se trabaja y se descansa, se

crece, incluso se sueña con un mundo mejor. En estas remotas islas africanas todo pasa por esta expresión. Y significa que *cada cosa, a su tiempo.*

Anclado en las aguas del Océano Atlántico, en pleno Golfo de Guinea y muy cerca a la costa de Gabón, el archipiélago de Santo Tomé y Príncipe se encuentra, literalmente, en el mismo centro del planeta. Una posición especial que se debe al hecho de estar atravesado

por la línea imaginaria del Ecuador y a apenas una corta distancia del meridiano de Greenwich, lo cual lo convierte en el lugar más próximo al punto 0° 0', allá donde convergen el norte y el sur, el este y el oeste.

Y sin embargo, se encuentra alejado de todo: de las rutas comerciales, del borboteo turístico, de la vorágine tecnológica... de ese tiempo que se sucede frío y vertiginoso, tal y como lo entendemos en el pri-

mer mundo. Santo Tomé y Príncipe, no lo hemos dicho, es el segundo país más pequeño de África, por delante tan sólo de Seychelles, paradigma de otro tipo de paraíso más famoso y explotado.

Pero es esta autenticidad la que hace de estas dos islas mayores y de su satélite de islotes de nombres evocadores—Rolas, Quiribá, Bom Bom, Coco...— un rincón único, puro... y tan bonito, que sorprende (y reconforta) saber que no ha succumbido a las garras del turismo feroz sino que más bien ha desplegado una infraestructura sencilla, coqueta, que se adapta al medio natural y que es respetuosa con sus gentes y con ese ritmo de vida que se desliza lento.

Santo Tomé y Príncipe son dos puntos verdes en la inmesidad del océano. Porque aquí la naturaleza se expresa de manera tan superlativa que apenas cabe algo más que esos bosques densos e intrincados propios del trópico, que nacen en los picos del interior y bajan tapizando los valles hasta morder el mar, donde dan lugar a idílicas pla-

yas bordeadas de baobabs, manglares y cocoteros.

Estos paisajes salvajes son los mismos que dejaron boquiabiertos a los exploradores portugueses que dieron con este edén a finales del 1400. Cuentan que eran islas deshabitadas, demasiado hermosas para dejarlas libres. Pronto vieron un potencial rentable en esta tierra lujuriosa y fértil: la caña de azúcar, para la cual deforestaron el territorio, es decir, arrancaron toda la selva. Y trajeron también esclavos, claro, desde Angola, Mozambique y Cabo Verde.

Poco duró sin embargo el cultivo de la caña de azúcar. Y entonces llegaron los felices tiempos del café y, muy especialmente, del cacao, que cubrió de gloria Santo Tomé y Príncipe: ahí donde se las ve, estas islas pequeñas e ignoradas llegaron a ser líderes en la exportación de este producto. Todavía hoy, mucho tiempo después, los más golosos pueden chuparse los dedos en la fábrica de Claudio Corallo. Dicen que su chocolate está entre los mejores del mundo.



SOLITARIAS.

Cuentan que, antes de ser descubiertas por los portugueses, eran islas deshabitadas, demasiado hermosas para dejarlas libres

Lugareños caminan por un sendero del interior de Santo Tomé, entre la bruma y la vegetación lujuriosa. FOTOGRAFÍAS CEDIDAS POR LA AECID

Fue en aquellos años de apogeo cuando muchas familias portuguesas dejaron atrás sus hogares para instalarse en esta nueva tierra prometida a la que darían su lengua y donde pronto edificarían las roças que han llegado a nuestros días como la imagen del archipiélago.

Las roças eran antiguas plantaciones agrícolas presididas por una enorme casa colonial, la casa del patrón, bajo cuyo dominio absoluto trabajaban los esclavos de sol a sol. Pero eran también mini-ciudades donde no faltaba una escuela, una iglesia y un hospital, y con una infraestructura tan desarrollada que incluso algunas contaban con ferrocarril para llevar hasta el mar sus productos.

Hoy estas roças que están desperdigadas por todo el territorio son uno de los mayores reclamos

turísticos. Porque aunque apenas han logrado escapar a la voracidad del tiempo y al abandono, muchas han sido restauradas como alojamiento con encanto donde revivir aquel pasado glorioso. Una muy significativa es la Roça Bombain, en el corazón de Santo Tomé, que conserva el estilo colonial con su fachada de color pastel y sus balcones y artesanado de madera. Puede que sus habitaciones sencillas no brinden muchas comodidades —a las 20.00 horas la electricidad se corta— pero si son fieles a la esencia de estas roças que acabaron nacionalizadas cuando llegó la independencia de la colonia en 1975. Ese año el mapa político del mundo incluyó una nueva nación.

Pero las roças no son la única herencia portuguesa que puede apreciarse en estas islas. Basta un paseo por la capital, *cidade* de Santo Tomé, para encontrar otros vestigios coloniales: la Sé Catedral (que data del siglo XVI), el Palacio Presidencial, el cine Marcelo da Veiga, la Plaza de la Independencia... Y también otros más anónimos que salen al paso en cualquier momento: un balcón repleto de flores, una esquina con ventanal enrejado, una *cafezinho* con terraza.

Paseos en 'motoqueiro'

Aunque se trata de la capital, la *cidade*, que se extiende a lo largo de la bahía de Ana Chaves, es más bien una suerte de mega-aldea al más puro estilo africano. De ello dan muestra sus bulliciosos mercados, allí donde *tudo se vende, se troca e se compra*. Desde frutas, verduras o telas en el Mercado Nuevo, hasta pescados secos y productos de olores *atrevidos* en el Mercado Antiguo, donde no faltan brebajes para el mal de ojo. Al salir, un enjambre de motos añadirá aún más alboroto. Son los *motoqueiros* y constituyen el servicio de taxis.

De *paquete* y por menos de 50 céntimos de euro (el precio de una carrera por la ciudad) se llega en un santiamén al Fuerte de San Sebastián, levantado por los portugueses contra el ataque de otras potencias. Dentro se puede visitar el interesante Museo Nacional, donde se repasa la historia del país, incluido su episodio más triste: el de la masacre de 1953, que mostró la verdadera cara de la colonización. Aquella revuelta contra los abusos de los patronos se saldó con la muerte sangrienta de más de mil campesinos.

Mucho ha llovido desde entonces. Tanto, que la naturaleza ha vuelto a ocupar el lugar que le arrebataron en su día. Por eso se exhiba a sus anchas en el Parque Nacional Ôbo, que se reparte entre las dos islas: sólo de Santo Tomé ocupa el 30% del territorio. Con él se llega al interior montañoso y coronado de brumas, al reino del misterio y de las alturas, puesto que allí están los dos puntos más elevados: el Pico de Santo Tomé (2025 metros) y el Pico de Príncipe (948) en sendas islas homónimas. Pero también es el lugar donde crece la vegetación más densa y primitiva, y donde se aprecia la extraordinaria riqueza floral —rosas de porcelana, picos de papagayo, beñoas gigantes...— que convierte a este pequeño país en uno de los más bellos jardines de la tierra. Eso y murciélagos, musarañas, do-

ce especies endémicas de reptiles, siete de anfibios, 28 de aves... El Parque Ôbo es por todo ello el paraíso de las caminatas. De hecho, existen diversas rutas: la subida al Pico de Santo Tomé (dos días) o la que va del Bom Sucesso a Lagoa Amelia (dos horas), que es el cráter del antiguo volcán que permitió la formación de estas islas.

Muy cerca, avanzando despacio por esas carreteras de barro sobre las que se abalanza la selva, saldrá al paso otra maravilla natural: la cascada de San Nicolás. Y por el camino es aconsejable parar en la Roça Monte Café, la única que aún elabora este producto. En ella, además de asistir a las diversas fases de transformación, se puede comprar café arábica, el preferido de los *gourmets*.

Playas y tortugas marinas

Puede que sea el litoral del archipiélago el que despierta mayores pasiones. Y no sólo por esas playas vírgenes de arena fina y agua cristalina que no conocen los estragos del hombre, sino también por los fondos marinos, ricos en fauna y corales. Por algo el buceo es la actividad estrella, especialmente en islas menores como San Miguel, Siete Piedras o Rolas, donde por cierto existe un resort—Rolas Island Beach—para olvidarse hasta de uno mismo.

También el norte cuenta con un puñado de buenas playas, muy cerca de otra roça emblemática como la de Agostinho Neto: la Playa de las Conchas, Tamarindos y Lagoa Azul, tal vez la más célebre de Santo Tomé, donde el agua tiene un color indefinido entre el turquesa, el marino y el verde. Y en el este la lista sigue: la pintoresca playa de Santana—con su club del mismo nombre con agradables cabañas—y Boca del Infierno, que es más bien una cueva en el agua sobre la que pende una inverosímil leyenda: cuentan que había un patrón que, cuando echaba de menos la metrópoli, saltaba a este hueco con su caballo y aparecía directo en Lisboa. Pero para playas de postal, las de la isla de Príncipe, aún más idílicas si cabe: el islote Bom Bom, con su lujoso resort que parece arrancado de un sueño y un exquisito restaurante casi colgado del mar; o Playa Banana, con cuya arena dorada ilustró Bacardi uno de sus spots publicitarios.

Muchas de estas playas tienen una sorpresa añadida: las tortugas marinas, que vienen a desovar a sus orillas. En este archipiélago, especialmente en el sur, anidan las cuatro especies de África central, incluida la tortuga ambulancia. Pero todas están en peligro de extinción.

Más allá de su naturaleza y sus playas, el encanto de Santo Tomé y Príncipe reside sobre todo en sus gentes sencillas y en su modo de vida ancestral. Y la mejor forma de descubrirlo es adentrándose en sus pueblos y aldeas, a veces en el corazón de la selva. Por ejemplo, dar un paseo por la comunidad de Pantufo y ver a los lugareños con la televisión comunitaria en plena calle. O visitar el pueblo pescador de Neves, donde se apilan las canoas de madera que ellos mismos fabrican de un solo tronco. O tomar un vino de palma en la *petisqueira* de Santo

TURISMO SOSTENIBLE. Porque aún saben poco de turismo, es vital un desarrollo sostenible en estas islas que frene las amenazas al medio y favorezca a la población local. Por ello trabaja allí Koan Consulting bajo la financiación de la AECID (Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo): por esa sostenibilidad a nivel social, medioambiental y económico, así como por la erradicación de la pobreza y la construcción activa de la paz. Por un turismo responsable, en definitiva, que refuerce la autoestima y la identidad cultural de este fascinante destino.



En este archipiélago las playas son de arena dorada y aguas cristalinas.

Guía

Cómo llegar: No hay vuelos directos desde España, por lo que hay que llegar vía Lisboa con TAP y STP Airways, con un vuelo semanal. Para ir de Santo Tomé a Príncipe (y viceversa) Africa's Connection opera tres veces por semana. También hay un servicio de ferry (cinco horas).

Dónde dormir:

Hotel Omali Lodge.

En la *cidade* de S. Tomé, frente a la bahía, lujoso y cómodo.

Hotel Pestana.

Un cinco estrellas con todas las comodidades.

Hotel Club Santana.

A 15 km de S. Tomé, agradables cabañas en una playa mágica.

Rolas Island Beach Resort.

En un paradisíaco islote, un rincón para perderse.

Hotel Praia.

A tan sólo unos minutos del aeropuerto, con habitaciones amplias y confortables.

Bom Bom Resort.

Un sueño en un islote de Príncipe.

Dónde comer: Piê Museo.

En la *cidade*, para comer *santolas*.

Os dois Pinheiros

Sabrosa cocina local de Dña. Hortensia.

Rte. Celvas.

En Guadalupe, pescado excelente. Y, por supuesto, en las *roças*, donde la comida es excelente.

Más información:

Oficina de Turismo.

Av. Marginal 12 Julho.

(Tfno.: 2221542).

www.sautome.st

www.aecid.es



Una muestra de la enorme variedad de peces que albergan las islas.

Antonio, que es la capital de Príncipe y la localidad con estatuto de ciudad más diminuta del mundo. O conocer Sao Joao de Angolares, que fue aquel pueblo rebelde que jamás estuvo sometido.

Y también disfrutar de su gastronomía, que es muy diferente a la nuestra: las *santolas*, una especie de sabrosísimos centollos, o platos como el *calulú*, la *cachupa* o el *muzenque*, todos con base de pescado —muchas veces, advertimos, vendrán *animados* con *malagueta*,

que es un picante abrasivo—. Tampoco falta la fruta, tan exótica que nunca se habrá visto antes.

Después le invitarán a asistir a sus bailes en algunos de sus locales nocturnos, donde sonará *funaná*, *deixa*, *qizomba* o *kuduro*. Ahí ya no habrá nada que hacer, pues como buenos africanos el ritmo lo llevan en el alma. Pero si quiere intentar, estarán encantados de enseñarle. Y ante la desesperación por no lograr dar ni un solo paso, su respuesta será clara: *leve, leve*.